

## Sabemos qué pasará

Cuando la saturación táctica hastía, es más estimulante predecir qué pasará. Salvo la franqueza de Durán i Lleida, y la ecuanimidad de los fondos de inversión, que no se juegan emocionalmente nada, el ciudadano está sólo para discernir cómo le afectará lo que acabará sucediendo. Los soberanistas, quienes aciertan en que éste es un conflicto de propaganda, no dejan que la realidad estropee sus eslóganes. Para ellos no existe verdad o mentira. Solo existe comunicación eficaz o ineficaz. Por tanto, *caveat emptor*. El gobierno español no dice lo que puede acabar haciendo porque piensa que, de confesarlo, le será más difícil implementarlo. Se equivoca.

No es posible detallar todo lo que pasará, dadas las numerosas variables implicadas, pero sí se puede proponer racionalmente lo sustancial de lo que puede ocurrir con mayor probabilidad que la de lanzar una moneda al aire. Para ello hay que acertar en los parámetros más importantes de la situación. Son los siguientes.

La hipótesis soberanista de que en la Europa comunitaria no puede haber intervención armada es correcta (afortunadamente). Segundo, aciertan que su voluntad política, audacia táctica y capacidad movilizadora son superiores a los del PP y PSOE. Por eso irán, antes o después --los detalles y el cuándo importan menos-- hasta el final.

La “estrategia de cierre” soberanista --un espectáculo mediático que empuje a Europa a forzar al gobierno español a reconocer el hecho consumado derivado de una desobediencia civil generalizada—significa que, para el independentismo cuanto más conflicto mejor. Objetivamente, es la única manera de que Catalunya sea independiente.

Nada que pueda ofrecer Rajoy, incluso acordar con Unió y parte de Convergencia, será suficiente.

Por eso dicen, lo han hecho en este diario, que el proceso se resolverá en victoria o derrota. Tienen razón.

A buena parte de Convergencia a ERC, ICV y CUP les encantaría que Catalunya no entrase en Europa. Su dominio del país sería completo. La esencia del es el

El Gobierno central conoce la inquietud que genera en Catalunya la estrategia de cierre soberanista. Parte del independentismo es blando, si sale gratis, festivo. El Gobierno le acabará interesando un conflicto de alta intensidad para dividir al catalanismo. Pasará de la pasividad a la agresividad.

Cuando en el Verano-Otoño de 2012 el President Mas empezó a hablar de la legitimidad de la calle y de democracia radical, algo insólito en el Occidente democrático, las clases medias perdieron el liderazgo del catalanismo. La declaración del Alcalde Trías --“Yo no soy independentista pero votaré independencia”—ilustra la carencia de proyecto propio de la clases medias (y por qué Barcelona será la gran perdedora de todo esto).

El liderazgo del catalanismo pertenece ahora a una alianza del complejo mediático-político nacionalista con la población del interior de Catalunya, el territorio de Esquerra. Los irrelevantes en la globalización, los que no tienen nada que perder, son los ganadores, pero son incapaces de generar un proyecto de país que compense a Europa la proliferación de lo peor de sí misma, los nacionalismos. No por falta de capital intelectual si no por una cuestión material: las fuerzas productivas catalanas no dan para ello.

El Estado no puede permitir que Catalunya se independice a la fuerza, aunque sea no violenta. Si lo hace el imperio de la ley desaparece y entonces “todo está permitido”.

El Estado no ganará. Es tarde para revertir los instrumentos de producción ideológica soberanista, como la escuela. Cospedal, refiriéndose a la descentralización en educación ha dicho que, aunque para ella una mala idea, “sería muy complicado” volver atrás. Quería decir “imposible”.

A Rajoy y a las elites españolas que Catalunya se independice no les importa sustancialmente. A estas alturas de la globalización la carcasa jurídica de un país es un tema banal. Pero no quieren que pase mientras gobiernan. Serán pasivos-agresivos: no buscarán una solución estable, resistiendo hasta que haya nuevos gobernantes, que harán lo mismo, prolongando el conflicto.

Es decir, lo que quiere por dentro el soberanismo dominante, comarcalista, el del territorio, es lo mismo que acabará haciendo —lo único que puede hacer—el Estado por fuera: una Catalunya cerrada.

Lo que pasará no es un choque de trenes —instantáneo, brutal, decisivo—si no una fricción —abrasiva, caótica, prolongada— que impedirá a generaciones de catalanes, ya que así será de largo el conflicto de alta intensidad que se avecina, la construcción de un país abierto y globalmente competitivo. Un conflicto que nadie puede, ni muchos quieren (los soberanistas), ni otros querrán (el Estado español), parar. Ya no se puede salvar la cara de todos, alguien ha de perder. Como dicen los soberanistas, habrá victoria o derrota. Pero lo más probable es que la derrota sea de todos, por mucho tiempo.

**José L. Álvarez es autor del reciente libro *Presidentes de Gobierno: Las Claves del Liderazgo Político***